

LOS POETAS

FRANCISCO VILLAESPESA

□ VIAJE □

SENTIMENTAL

1924

Vol. 12



20 cts.

AÑO

1

LOS POETAS

Volum.

12

Publicación de EDITORIAL CLARIDAD

Aparece los jueves alternos

Dirección postal: C. DE CORREO 736 - Buenos Aires

UNA OBRA

del célebre poeta francés

PAUL VERLAINE

traducida en verso por J.

Ortiz de Pinedo, contendrá

el volumen 13 de esta co-

lección que se pondrá en

venta el jueves 16 del cte.

En uno de los próximos volúmenes de LOS POETAS se publicará una obra del senador Dr. Mario Bravo.

R.67.526

FRANCISCO VILLAESPESA

VIAJE SENTIMENTAL



LOS POETAS

Vol. 12



20 cts.



NOTA BIOGRAFICA

Francisco Villaespesa nació en la aldea de Lanjar, provincia de Almería (España), en el año 1877. Un viaje efectuado por cálidas tierras de Oriente inspiróle hondas y sentidas páginas, en las cuales grabó las impresiones que había recogido su espíritu durante sus correrías de artista fogoso y de gran vuelo lírico.

Una inspiración arrebatadora eleva a este poeta. Acaso el fuego de su sangre andaluza, tal vez su viaje por la región de las arenas calurosas, lo cierto es que Francisco Villaespesa se destaca por la magnificencia de su visión casi oriental. Si de Cristóbal de Castro se ha dicho que es el verdadero poeta español, tomando en cuenta su "Cancionero Galante", con más razón debe llamarse el poeta español por antonomasia a este lírico exaltado que al fuego de España une el calor de la Arabia erótica y seductora. La misma impresión que experimenta el espíritu al escuchar la "Torre Berrisja" de Albéniz se siente con la lectura de muchos de los versos de este inspirado bardo.

El autor de "Viaje Sentimental" ha escrito también para el teatro. La crítica no lo recibió con entusiasmo, acaso por la falta de realidad que es fácil observar en su producción escénica; pero debe tenerse en cuenta que es el suyo un teatro de ensueño, más real y humano que

gran parte del teatro romántico que los mismos críticos aceptaron sin discusión.

Entre otros libros, Villalpessa ha publicado: "La copa del rey de Thule", "El mirador de Lindoraca", "El patio de los arrayanes", "El jardín de las quimeras", "In memoriam", "Bajo la lluvia", "El balcón de Verona", "Canciones del camino", etc. "Viaje Sentimental" que hoy ofrecemos a nuestros lectores, es uno de sus mejores libros. A la pureza de su inspiración une la perfección moral más acabada.

G. R.

A VILLAESPESA

Tú, si que sabes arrancar del fondo
de tu doliente corazón el canto:
el canto dulce, indefinible y hondo,
que hace asonar a la pupila el llanto.

En el vaso del verso echas tus hieles,
y en él el alma atormentada pones;
y nos muestras, sin vanos oropeles,
la blanca desnudez de tus canciones.

Eres grande y sencillo. Verdadero
poeta, empuñas la sonante lira
y a cantar te adelantas... el primero.

¡Tu lira cruje de dolor, de ira!
y, al pulsarla tu mano, hasta el acero
de su cordaje ablándase... y suspira!

JULIO FLOREZ.

OFRENDA

I

Los que vísteis salir por vuestra puerta
para siempre, en la paz del ataúd,
con los fríos despojos de una muerta
todos los sueños de la juventud;

los que de noche, trémulos de frío,
lloráis de espanto en vuestro lecho, al ver
junto a vosotros un lugar vacío,
esperando a quien nunca ha de volver;

los que soñásteis y encontrásteis una
mujer, que por encanto o por fortuna
encarnase los sueños del amor,

y al perderla os hallásteis sin abrigo...
¡Venid a solas a llorar conmigo,
porque de todos es este dolor!

I — LA CANCIÓN DEL REGRESO

I

Buscando a mi dolor algún alivio
quiero volver a tí, valle natal,
y aspirar otra vez tu aliento tibio
bajo la luz del sol primaveral.

En el hondo pavor de tus barrancas
ir a beber a oculto manantial,
mientras revuelos de palomas blancas
manchan lo azul del límpido cristal.

Volver a casa cuando el sol declina
y la torre mudéjar lanza al viento
el clamor de su canto vespéral...

Y lucele a rosas, y la golondrina
desata los collares de su acento
sobre el último alambre del parral.

II

Entre el clamor del vespéral concierto
llegar a casa y reposar por fin,
con el balcón de par en par abierto
a las cálidas brisas del jardín.

Y soñar, y soñar con una incierta
sombra, hasta que nos venga a despertar,
cual la mirada de una novia muerta
la misteriosa claridad lunar.

Y abrir el corazón y los sentidos
en un ingenuo arranque de inocencia
y las nocturnas brisas absorber;

y al escuchar perderse entre ladridos
los cascabeles de una diligencia,
soñar con un viaje que nunca hemos de hacer.

111

Y leer otra vez versos sinceros
en la paz de la vieja habitación,
a la dadosa luz de los mecheros
de un áureo y antiquísimo velón.

Ver la luna temblar en las ventanas,
mientras nuestra nodriza Encarnación,
sobre un mantel fragante de manzanas
nos prepara la antigua colación.

—Ama, ¿te acuerdas cuando yo era niño?
Y la vieja nos mira con cariño;
y recordando nuestras almas van

cuando en sus fuertes brazos me dormía
soñando con Jesús y con María
y los blancos corderos de San Juan.

IV

Un poco de reposo el alma anhela.
 La luna baña la quietud del llano.
 Sólo el ladrar de un perro nos consuela
 con la esperanza del hogar cercano.

La gran serenuidad del firmamento
 en las aguas dormidas se retrata,
 y lanzan las olivas, bajo el viento,
 fosfóricos relámpagos de plata.

El ojo ciego de la vieja puente
 tiende un arco de sombra sobre el río
 que ni siquiera resbalar se siente...

¡Río, que de correr nunca te cansas,
 igual corre por ella el llanto mío,
 con la tristeza de tus aguas mansas!

V

A veces entre el verde de la vega
 fulguran, a través de los rosales,
 relámpagos de sol en los cristales
 de la vetusta casa solariega.

Blanquea entre cipreses la fachada;
 las ventanas me miran, y la puerta.

bajo el escudo familiar abierta,
parece que presente mi llegada.

Una voz me detiene en el camino,
entre el frescor del agua que la arrulla,
bajo la sombra azul de la arboleda:

—¿A dónde vas, iluso peregrino?
La casa con que sueñas ya no es tuya!
¡Ya ni un rincón donde morir te queda!

VI

Otra vez en tu tierra, ¡peregrino!
Cada piedra un recuerdo me despierta,
Cruzaba de mi brazo aquel camino,
y la besé al pasar junto a esa puerta.

Tras aquellas ventanas, sonreía
al mirarme llegar. Bajo esta parra
como Dafnis a Clío, un medio día
sorprendí entre su seno una cigarra.

Su aliento ha respirado estos aromas;
de su imagen fué espejo esta fontana;
y esas blancas parejas de palomas

que van buscando el palomar cercano,
iban al despertar a su ventana
a recoger el trigo de su mano.

VII

¡Oh, moriseo Andarax, donde he nacido,
 sé buena madre para mi amargura;
 y al hijo que se fué y torna herido,
 perdona, y todas sus heridas cura!

Entre aromas de rosas y alielis
 partí de tu ribera una mañana,
 ágil y fuerte como tus monfies,
 a conquistar la Thule más lejana.

En la quietud de tus remansos, viste
 nuestros rostros unidos... Vuelvo triste,
 herido el cuerpo y con el alma inerte,

sin ella! y paz a tus riberas pido...
 Si es posible olvidar, dame el olvido,
 y si no he de olvidar, dame la muerte!

VIII

Una flauta suspira en la distancia...
 Joven pastor que tañes, yo daría
 las rosas y el laurel de mi poesía
 por la felicidad de tu ignorancia.

No tienes más amor que tu ganado
 y la cabaña y el mastín, e ignoras

esas tristezas que en la flauta lloras,
y que contigo hacen llorar al prado.

Mientras lento el rebaño va paciendo,
al pie de ese nogal sigue tañendo,
que de tu flauta la melancolía

los ecos tristes del pinar despierta,
como los ayes de la pena mía
cuando suspiro por la amada muerta.

IX

Ascender por las ásperas pendientes,
restos de milenarios cataclismos,
sintiendo el rebotar de los torrentes
y la fascinación de los abismos.

Algún cordero extraviado bala,
sin atreverse a andar por la vereda,
dónde si torpe nuestro pie resbala
ni polvo, acaso, de nosotros queda.

Una charla negrea en un espino.
Se oyen ladrar los perros del molino
que, rasgando las nieblas matutinas,

se refleja en el fondo de un barranco...
Yo, ante la Muerte, pienso en las divinas
pupilas negras de su rostro blanco.

II — LA CANCIÓN DEL RECUERDO

I

Igual que en un sepulcro me he encerrado
en tu eterno recuerdo, y en él vivo,
la frente entre las manos, pensativo,
evocando las glorias del pasado.

¿Será posible que un amor tan fuerte
se haya para mi amor desvanecido?
El amor es más fuerte que la Muerte
y la Muerte más fuerte, el Olvido.

Largas horas de espera... Eternidades
que llenan de ansiedad mis soledades...
Sólo y soñando con tu amor me tienes;

sólo y soñando con tu vuelta muero...
Si nunca as de venir, ¿por qué te espero?
y si te espero aún, ¿por qué no vienes?

II

El alba iluminó la vidriera,
y a su luz angustiada y azulada,
yerto sobre el blancor de la almohada
se destacaba su perfil de cera.

Abrió los ojos, y la vida entera
 palpitó en la inquietud de su mirada
 y en mis manos su frágil mano helada
 temblaba como un ave prisionera.

Balbuceó su voz:— ¡Te adoro tanto!...
 Pídele al cielo que mañana viva!--
 Y mis venas heláronse de espanto
 al contemplar sobre su faz inerte,
 como el vuelo de un ave fugitiva,
 aletear las sombras de la Muerte.

III

Y su voz se esparció como un aroma
 de postración:— Cuando mañana muera,
 córtame de raíz la cabellera...
 ¡no quiero que la tierra se la coma!

Y como último dón de mis cuidados,
 para que cuide de tu pobre vida,
 colócala en la mano bendecida
 de la Virgen de los Desamparados...

¡Yo no quiero morir, Señor, no quiero!
 ¿Qué va a ser de mi amor si yo me muero!--
 Clamó de pronto pálida y sombría.

y se abrazó a mi cuello sollozando...
 ¡y en su trémulo acento se sentía
 que hasta la voz estaba agonizando!

IV

Ante la Virgen que adorabas tanto,
rezaba con tan ciega idolatría
que entre mis labios la oración moría
estrangulada por mi propio llanto.

La imágen, impasible a mi quebranto,
con sus labios pintados sonreía
a un Niño que en los brazos sostenía
medio oculto en los pliegues de su manto.

— ¡Mi vida en cambio de la suya! dije
Ciego de pena y de terror, maldije;
y al salir de la bruseca pesadilla,

ví en la faz de la imágen, con espanto,
algunas gotas trémulas de llanto
rodar sobre el carmín de sus mejillas.

V

La gente de la casa sollozaba
detrás de la empañada vidriera,
y un acre olor a derretida cera
en el fúnebre ambiente se aspiraba.

El carpintero, impávido, clavaba
aquella negra caja de madera.

y cada golpe del martillo era
puñal que el corazón me traspasaba.

- ¡Señor, Señor! ¡Por qué me la has quitado! --
al pie de un Crucifijo, arrodillado
y dando sueltas a mi dolor, clamaba...

Y hasta el Cristo impassible, parecía
que mi futura soledad sentía
y de dolor sobre la cruz lloraba.

VI

- ¡Eres tú el Justo que a los justos premia?
clamó mi labio, y de dolor maldijo,
y ante la sorda voz de mi blasfemia
palideció la faz del Crucifijo.

Cegó mis ojos un raudal de Panto...
Quise luchar aún contra la suerte,
y sentí entre mis brazos, con espanto,
eruzir el esqueleto de la Muerte.

-- ¡Nadie la toque! -- dije. Y abrazado,
como un loco, a su cuerpo inanimado
intenté con mis besos darle vida

¡Despierta, -- le grité, -- mi amor -- despierta!
Y era mi voz tan honda y dolorida
que ví llorar los ojos de la muerta.

VII

Al cortar sus cabellos, agitados
 por el rudo estertor de la agonía,
 por el amor mis ojos engañados
 aún creyeron notar que sonreía.

Sobre su corazón puse el oído,
 y juro que sentí, cual si quisiera,
 de mi inmenso dolor compadecido,
 palpar otra vez, y no pudiera.

Cuando pasó aquel vértigo de espanto
 en el lecho me hallé. Surcaba el llanto
 en copioso raudal mi rostro inerte.

Contra el pecho apretaba sus cabellos,
 temiendo que la mano de la Muerte
 también quisiera apoderarse de ellos.

VIII

Yo te he deshecho ¡oh, muerta cabellera,
 para que recatasas, destrenzada,
 el pudor de una virgen desposada
 que desnuda se vió por vez primera!

La ágil caricia de tus sedas era
 como una primavera perfumada.

Serviste a mis ensueños de almohada,
y serás mi sudario cuando muera.

Sueltos tus rizados en el aire ondean;
mis manos, tímidas, por ellos vagan
sin sus hilos rozar, llenas de miedos.

pues teme mi ilusión que acaso sean
telarañas de sol, y se deshagan
al menor movimiento de mis dedos.

IX

Aquí el sillón donde bordar solía
de las noches de invierno en la velada...
La frente entre las manos apoyada,
yo, a la luz de la lámpara, leía.

Cansado la lectura interrumpía,
y, sonriendo, alzaba la mirada...
Ella, a veces, mirándome extasiada
— la aguja entre los dedos — sonreía.

Ahora también parece que la espera
el vacío sillón, allá en la sombra.
La lectura interrumpo... El alma entera

palpita de avidez en mis oídos,
esperando sentir sobre la alfombra
el ligero rumor de sus vestidos.

X

En la penumbra se destaca el lecho
 donde la luz solar le sorprendía,
 apoyada la sien sobre mi pecho
 y dormida su mano entre la mía.

Brillan las trenzas largas y castañas...
 Vela sus formas el ropaje blanco...
 Duermen los ojos bajo sus pestañas,
 y descansa su mano sobre el flanco...—

“—Duermes y sueñas conmigo... No está muerta...
 Ya la alondra cantó... Mi amor, despierta!
 Alza tu frente sobre la almohada! —”

Ahoga el silencio el ansia de mi ruego...
 Y palpo entre las sombras como un ciego
 que abre los ojos y no mira nada.

XI

Visión que cruzas por mis sueños, dime:
 ¿qué profundas tristezas te devoran?
 ¿Por qué tus ojos, si me miran, lloran?
 ¿por qué tu labio, si me nombra, gime?

Sólo tus manos pálidas e inciertas
 las antiguas ternuras conservaron,

y cual vivas, ayer, me acariciaron,
vienen ahora a acariciarme muertas.

Descorren las cortinas de mi lecho;
penetran, sin dolor, hasta mi pecho,
a acariciar mi corazón herido...

Su caricia es tan tímida y suave,
cual si viniesen a curar un ave
que herida llega a desangrarse al nido.

XII

¡Qué encanto tiene esa lejana estrella,
qué mágico poder en ella existe,
cuando tan pronto de mi amor partiste
sin dejar el recuerdo de una huella?

La vieja casa, tan alegre y bella,
desde que tú con su alegría huiste,
está tan muda, desolada y triste,
que da espanto y terror entrar en ella.

¡Por qué, por qué nos has abandonado?
El fuego del hogar está apagado;
las ventanas cerradas, y si alguna

mano las abre, hasta la luz parece,
que, llorando el rigor de mi fortuna,
al entrar en la casa se entristece.

XIII

Todas las noches a la cita vienes
no sé de dónde, lívido el semblante,
los cabellos pegados a las sienes,
cual los cabellos de una agonizante.

Descorres las cortinas, y te paras
en el dintel, inmóvil, silenciosa,
llena de tierra, como si acabaras
de alzarle de las piedras de tu fosa.

Ni a respirar ante tu faz me atrevo,
y en tan profundos éxtasis me sumo
que ni siquiera las pestañas muevo.

Mi ilusión se conforma con mirarte,
temiendo que tal vez serás de humo
y pudiera mi aliento disiparte.

III — LAS ELEGÍAS DE LA CASA

I

¡Oh vieja estancia familiar, tan triste,
recordando tal vez en tu interior
aquel pálido rostro que ayer viste
entre mis brazos expirar de amor!

Espejo donde ella en la mañana
se peinaba, temblando de emoción,
escuchando la voz de la campana
llamar a misa con alegre son.

Siempre que el campanario toca a misa
¿no sueñas con su mística sonrisa?
¿No crujes de dolor al recordar

el rostro blanco, bajo la mantilla
negra, la fugitiva maravilla
que nunca volverás a reflejar?

II

Horas de soledad. Por la ventana
sube el aliento del jardín. Suspira
una copla tristísima y lejana...
Su faz la luna en los espejos mira.

V I A J E S E N T I M E N T A L

Hasta el ramo de rosas que en la mesa
en vieja porcelana desfallece,
al soplo de la brisa que le besa
querer hablarme de su amor parece.

Mis ojos no la ven, pero la siento
vagar en torno mío, en el aliento
que sube del jardín por la ventana;

y me parece ver en el espejo
la lunar claridad, como el reflejo
de alguna sombra de su sombra hermana.

III

Siento un leve rumor sobre la alfombra
que acarició su pie, y en el sofá
donde soñó conmigo, ahora su sombra
para ver mi dolor sentada está.

Y mientras todos duermen en la casa
y sólo el tiempo late en el reló,
ella la historia de mi amor repasa
y llorando a sus pies la escucho yo...

—¿No te acuerdas?—suspira a mi deseo...
Y abro los ojos, pero no la veo...
Vibra una campanada en el reló...

Y estremecen la paz de la calleja
los ecos tristes de una copla vieja
llorando a alguna novia que murió.

IV

Me apoyo en el alfeizar, sollozante,
llorando con la copla que se aleja,
y me parece ver su sombra errante
perdersé con la luna en la calleja.

Y el rumor de la fuente me estremece...
Alguien la luz de mi velón apaga,
y hasta el aliento del jardín parece
su aliento, que de nuevo me embriaga.

—En dónde estás ¿en dónde?— digo al viento.
—¡Aquí! responde, con su mismo acento
mi labio, tembloroso de emoción...

Y un espanto de muerte me sofoca
al sentir que su voz sube a mi boca
del fondo de mi propio corazón!

V

En la quietud de la calleja obscura
bajo un cielo de esmalte azul y plata.

V I A J E S E N T I M E N T A L

se perdió la doliente serenata
perfumando la noche de amargura.

En el silencio nocturnal había
un lírico y fugaz deshojamiento:
ecos de coplas deshojaba el viento
como frágiles rosas de armonía.

Se estremeció el florido jazmínero
de su reja, al oír en la desierta
calleja los sollozos de mi cantar...

¡Viejo cantar de aquel sepulturero
que al destapar el rostro de una muerta,
tró la azada y comenzó a llorar!

VI

¡Oh, muda obscuridad de mi aposento,
único amor del alma desolada,
porque en tu negra soledad presiento
las sombras y el silencio de la Nada!

Como ella en el sepulcro, inmóvil, yerto,
ya ni latir el corazón percibo...
Mi espíritu, mi carne, todo ha muerto...
Sólo el recuerdo permanece vivo!

Acaba, di, bajo la tierra fría
del alma prisionera la agonía
y el cuerpo herido deja de sufrir... ?

¿Será como la sombra en que me pierdo
nuestra muerte? ¿Vivir para el recuerdo
y para todo lo demás morir!

VII

Al despertar sobre este mismo lecho,
donde con la flotante cabellera
cubrió la blanca castidad del pecho,
cuando desnuda, por la vez primera,

se halló, por mi mirada sorprendida,
siento los ojos húmedos de llanto,
cual si todo el encanto de la vida
se hubiese disipado con su encanto.

¿Quién calmará la fiebre que me abraza
los labios, al nombrarla? Todo duerme
en la paz silenciosa de la casa.

La luz del alba resplandece apenas,
cual si temiera penetrar, y verme
llorando siempre por las mismas penas.

VIII

¿Todo se halla lo mismo! La almohada
donde inclinó la moribunda frente,

V I A J E S E N T I M E N T A L

allá, en el fondo de la alcoba, siente
nostalgias de cabellos de otra amada.

La luna polvorienta y empañada
que reflejó su palidez doliente,
mañana ha de copiar, indiferente,
de alguna nueva amante la llegada.

¡Nadie se acuerda de la pobre muerta!
Sólo cuando la luz solar expira
y el viento agita la ventana abierta,

se estremecen las teclas, y el piano
parece que, nostálgico, suspira
buscando las caricias de su mano.

IX

La hora nocturna tu perfume siente,
Me hablan los astros de tus ojos bellos,
y aún me parece que calladamente
tus dedos acarician mis cabellos.

Apagando en la alfombra tus pisadas
llegas, Arcángel de mi Guarda, al lecho,
y separas mis manos enlazadas
sobre la angustia que me oprime el pecho.

FRANCISCO VILLAESPEÑA

Y siempre miro con melancolía,
cómo tu imagen va borrando el día
alborcante en el balcón abierto.

En un frescor de azul te has extinguido
y aún suspira tu voz:—Todo ha concluído...
¡Tú eres para el amor igual que un muerto!—

IV -- ELEGÍAS CAMPESTRES

I

Mano que me ofreció la Eucaristía
de un santo amor, fragante mano que era
como la mano de la Primavera:
todo cuanto tocaba florecía...

Sueña con tu calor mi helada mano,
la tórtola te arrulla en los viñedos,
y aún conservan las huellas de tus dedos
las teclas polvorosas del piano.

La paloma que tanto acariciaste,
desde que sola y triste la dejaste
saudosa de tus sedas se moría...

— Ve a buscarla! le dije... Tendió el vuelo...
¡Y la paloma se perdió en el cielo,
cual la paloma de la Eucaristía!

II

Penetro en el jardín abandonado,
y sobre el banco aquel viejo y musgoso
donde ella tantas veces a mi lado
se sentó, busco un poco de reposo.

Me envuelve una fragancia de jazmines,
y me entristece el agua de la fuente,
como si el corazón de los jardines
llorase en ella a nuestra amada ausente.

En esta misma hora, a sorprenderme
venía por la senda silenciosa,
y entre las rosas se asomaba a verme.

Y su sonrisa cariñosa y franca
se abría en su faz, como pequeña rosa
de fuego en medio de otra rosa blanca.

III

Aquí fuimos felices. Aquí he oído
la voz de Dios que por su voz me hablaba,
en el silencio del jardín florido
mientras el claro cielo se estrellaba.

Aquí fuimos felices. Este banco
sintió temblar sus brazos a mi cuello,
y al palor de la luna era más blanco
su rostro, entre el negror de su cabello.

Colmada está la copa de mi pena,
y se va a desbordar en la gran calma
azul y plata de la luna llena.

Algo le dice al corazón que espere,
y en el hondo silencio escucha el alma
la eterna voz de lo que nunca muere.

IV

El palpitante sonoro de la fuente
— corazón del jardín — me estremecía,
recordando la mano de la ausente
que a refrescarse en su cristal venía.

Los peces están tristes. No fascina
el purpúreo fulgor de sus escamas,
ni entre el verdor algal de la piscina
libran batallas de movibles llamas.

Fueron perdiendo su color... En vano
sueñan con las migajas de su mano...
Esta tarde hallé dos, flotando yertos

sobre el verdín del agua sosegada,
y en los cristales de sus ojos muertos
ví su divina imagen reflejada

V

Al vetusto molino sombra presta
vieja vid de racimos de amatista.
Entre el vivo verdor de la floresta
su blancura de cal ciega la vista.

Cuando el calor abrasa la garganta
del segador, curvado en los trigales,
y se asfixia la voz y solo canta
--bajo el sol -- la cigarra en los parrales,

buscando su frescor llevo al molino,
y sentado a la sombra de su puerta
me pongo a contemplar aquel camino

cubierto de floridas zarzamoras,
donde una tarde nuestra novia muerta
se lirió los dedos al coger las moras.

VI

El blanco polvoriento del camino
bajo el espeso robledal se pierde,
buscando la blancura del molino
medio ve'ada entre el ramaje verde.

Desnudo el brazo lava en la frescura
de los cubos, la rubia molinera,
mientras con ritmos de cristal murmura
una fresca canción de Primavera.

Al sentirme pasar se queda muda.
Con unas *bañas tardes* me saluda
en una voz que apenas si se siente,

mientras alguna lágrima callada
resbala por su taz enlucrinada
y se va, con la espuma, en la corriente.

VII

Entre rumor de besos y de risas
van las doncellas a lavarse al río
bajo la luna de San Juan. Las brisas
dan ensueños de aromas al vacío

lugar sin risas, donde vivo muero,
intentando anudar los rotos lazos,
y tendidos los brazos, aún espero
a la que nunca volverá a mis brazos!

Doncellas que a lavaros váis al río
¡tened piedad de mi dolor sombrío,
y callad al pasar bajo mis rejas!

No aumente mi penar vuestra alegría...
No hay miel en el panal de mi poesía...
¡se murieron con ella mis abejas!

VIII

En el Oriente ya reina la noche.
Suben cohetes con sonoros vuelos,
y cual flores de luz abren su broche
en el azul profundo de los cielos.

FRANCISCO VILLALBA ESPES

Hay en el aire estruendos de campanas,
Lanza una banda su vibrante son,
y se iluminan todas las ventanas
al paso de la santa Procesión.

llaman roncas las voces femeninas
a la Virgen que pasa bajo flores...
Sólo sin luces vése mi balcón,

y en sus hierros dos negras golondrinas
se dicen, gorjeando, sus amores...
¡Y se muere de envidia el corazón!

IX

Un alegre rumor de romería
invade el Adro de la Ermita. Llena
la tarde el campanario de alegría.
Huele el aire a albahaca y a verbena.

Va a entrar la Procesión. Solo, perdido
entre gentes de bien, alborozadas,
miro subir --- bajo un palio florido ---
la Virgen en sus andas plateadas.

Hay ojos negros húmedos de llanto.
Tiemblan luces de cirio; las casullas
lanzan vivos relámpagos de oro.

V I A J E S E N T I M E N T A L

Yo pienso en un lejano camposanto;
siento saudades de caricias suyas;
doblo la frente, me arrodillo y lloro.

X

La matraca en lo alto de la torre,
con un redoble de tambor, golpea,
mientras la lenta Procesión recorre
las soleadas calles de la aldea.

Va delante, la túnica morada
y el madero en el hombro, el Nazareno,
y le sigue su Madre, acongojada,
por siete espadas traspasado el seno.

Silente Procesión del Jueves Santo...
Sólo un rumor de pasos... De repente
como una oculta pena rota en llanto

solloza una saeta fugitiva...
Solo, camino en medio de la gente,
soñando siempre con mi muerta viva.

XI

Todos se fueron a la Nochebuena
entre rumor de alegres villancicos.
Solo quedé en la casa con mi pena.
La luna daba a los nevados picos

traslucidades de cristal. Había
paz en los campos y la aldea lejana
parecía dormir. Sólo se oía
el constante clamor de la campana.

Cerré las puertas del balcón. Temblando
al fuego me acerqué, y con los ojos
clavados en las áscuas fuí evocando

recuerdo de otras horas más tranquilas,
creyendo ver en los carbones rojos
crepitar el ardor de sus pupilas.

XII

Quiero morir, besando tu recuerdo,
aunque él me mate al enfonar mi herida.
¡Si en tu memoria al expiar me pierdo,
será tan bello abandonar la vida!

Eres un culto. En mi vagar incierto
dentro del corazón vas escondida...
¡Qué importa que tu cuerpo duerma muerto
si tu alma en mi alma es toda vida!

Te has metido en mis venas, y te siento
palpitar con mi sangre, de tal modo
que sólo vivo a expensas de tu aliento;

tú fuiste para mí, luz y alegría,
y ahora para mi amor aún lo eres todo,
porque mi amor te dió cuanto tenía!

XIII

Entre las pompas del jardín florido
se destacaba su perfil esculpido,
la gris austeridad de su vestido
y la tristeza de su rostro pálido...

Con sus ojos de tísica, y su eterno
gesto de mártir que el suplicio espera,
pasaba por aquella Primavera
como un presentimiento del Invierno.

Las rosas de repente se secaron;
los ruiseñores del jardín callaron...
Temblores de cuerpo que a la muerte cede

entre mis brazos le agitó... Y había
aún en su rostro la melancolía
del que va a sonreír y ya no puede.

XIV

En la serenidad de esta tristeza
que ni consuelo ni piedad concibe,
a veces una voz musita:--Reza...
El cuerpo ha muerto, pero el alma vive.

Y yo escucho la voz, y sigo triste
recordando este amor hasta que muera...
Otro consuelo a mi dolor no existe,
ni otro quiero tampoco aunque existiera!

Recordarla, de nuevo recordarla,
que recordarla es otra vez amarla,
con un amor tan hondo, puro y fuerte

como el alma sentir nunca podrá...
— más grande que la vida y que la muerte—
¡con un amor sin esperanza ya!

XV

Al mirarme pasar tan solo y triste
a estas gentes inspiro compasión...
¡Aún la piedad en esta tierra existe
y aún tienen estos pobres corazón!

Estas viejas criadas que me adoran...
— ¡Valor! — tan sólo saben pronunciar,
y casi todas al hablarme lloran
sólo porque me ven a mí llorar.

Hasta el viejo lebel entre callado,
Sobre sus finas patas apoyado
se pone un faz pálida a mirar
con tan tija ansiedad, que me parece
que el iris de sus ojos se humedece
cuál si quisiera mi dolor llorar.

XVI

La lámpara parece que está triste.
El mismo fuego que abuyentó tu frío
calienta a todos cuantos tú quisiste...
Tan sólo su cillón está vacío.

La niña viste su muñeca, Siente
el mismo afán materno que sentías
cuando en tu falda a ella, sonriente,
con tus frágiles manos la vestías.

Nos hace sonreír tanta ternura,
—¡Si su madre la viese!—alguien murmura.
Un sollozo de llanto nos sofoca...

y la niña contempla con espanto
nuestras pupilas húmedas de llanto
mientras tiemblan las risas en su boca.

XVII

¡Campanero del pueblo, campanero,
no me despiertes más, tocando a misa!
¡Deja que duerma, que durmiendo espero,
seguir soñando con mi pobre Elisa!

A mi lado, tan cerca la veía,
antes que tu tocar me despertara,
que en mis mejillas resbalar sentía
el tibio terciopelo de su cara.

¡Campanero del pueblo, campanero!
Despierto, y solo, de terror me muero
en esta habitación que oyó su risa.

¡Sólo en sueños la ve mi vida enferma!...
¡No me despiertes más, deja que duerma
soñando para siempre con mi Elisa!

V -- LAS VISIONES

I

En la alta torre del dolor cautivo
amarrado al recuerdo con cadenas,
como la sombra de Ugolino, vivo
devorando a los hijos de mis penas.

¡Si tu mano descorre los cerrojos
y a mi negra prisión llegas a verme,
al mirarme en el fondo de tus ojos
ni yo mismo podré reconocermel

A veces por mis sueños áurea avanza
la fugaz ilusión de la esperanza,
mas siempre melancólico despierto

y me hallo, solo, en mi prisión cautivo,
muerto para la vida, y solo vivo
para sentirme cada vez más muerto.

II

En las horas de sentimentalismo,
cuando las manos torpes buscan algo
que acariciar, como un minero salgo
del hondo subterráneo de mí mismo.

V I A J E S E N T I M E N T A L

Ciega la luz mi vista dolorida
de indagar los secretos de la sombra,
y hasta la voz amiga que me nombra
me parece una voz desconocida.

Tras los turbios cristales de mi llanto
perdió la vida su celeste encanto...
Todo cuanto me cerca me da enojos,

pues para mí, la dicha y la belleza,
no estaban en tu amor, Naturaleza,
sino en el fondo de sus negros ojos!

III

Pasó por mis ensueños como pasa
por un labio de enferma una sonrisa.
Dejó un rumor de sedas en la casa
y un perfume de rosas en la brisa.

Llegó a mi cruz y de mi herida frente
fué arrancando, una a una, las espinas,
y se perdió en el cielo suavemente
como aquellas divinas golondrinas.

En mí mismo la busco con empeño,
soñando en nuestra casa abandonada...
¿Fué realidad o todo ha sido un sueño?

Pregunto suspirando al despertar...
Y hace tres años que pregunto... Y nada...
¿Ninguno me ha sabido contestar!

IV

El índice en el labio, tan ligera
 como en un sueño, de mi hogar se fué,
 sin voz diciendo a mi inquietud --"Espera...
 No me llames que pronto volveré."...

Y hace tres años que la espero en vano.
 Tengo los ojos ciegos de llorar...
 La piedad infinita de su mano
 no ha vuelto mi mejilla a acariciar.

Al más tenue rumor, al leve ruido
 de un viejo cortinaje estremecido,
 mi corazón se para de repente...

Sueño que entrar de nuevo la veré,
 el índice en el labio sonriente,
 silenciosa, lo mismo que se fué.

V

Al sentirme tan solo en el seguro
 refugio de mi alcoba, sin asombro
 miro pasar, con la guadaña al hombro,
 la sombra de la muerte sobre el muro.

Santos recuerdos de la amada ausente
 pueblan las soledades de mi casa.
 No la miran los ojos cuando pasa,
 pero mi triste corazón la siente.

V I A J E S E N T I M E N T A L

Y al hornarse el recuerdo todo cosa,
No late el corazón; la sombra pesa...
Celeste luz que en mi interior percibo,

vago perfume que en el alma advierto
¡queréis quizás resucitar un muerto,
porque yo no soy más que un muerto vivo!

VI

Alguien le dijo al corazón -- ¡Despierta!
En el viejo reló tiembla la hora,
y ya cansada de esperarte llora
la blanca sombra de la amada muerta.

A tu oído, su voz débil e incierta
que abras los ojos al recuerdo implora,
antes que su primer llanto la aurora
sobre la tierra adormecida vierta.

Aún te espera su amor. ¡La blanca mano
que alisó tu revuelta cabellera
te brinda aromas de un abril lejano...

¡Abre los ojos a ese amor risueño! --
¡Oh, Sol! maldito sol de Primavera...
¿por qué disipas tan divino ensueño?

VII

Sobre un mar de recuerdos se levanta.
Entre las claridades de la veste

surge su rostro, como el de una santa,
nimbado de una luz ultra celeste.

Silenciosa se acerca hasta mi lecho,
clavando en mis insomnios sus miradas,
y con la mano me señala el pecho
atravesado por las siete espaldas.

No sé lo que me dice. Se diría
que es Dios el que me habla... Y cuando el día
mi realidad despierta, me apereibo.

que está húmeda de llanto la almohada...
¿Fuí yo llorando por la muerta amada
o ella llorando por su amado vivo?

VIII

Algo le dije al corazón... "—Espera.
La que en tus brazos sucumbió de amores
volverá a sonreírte, entre las flores
de una lejana y dulce primavera.

Bajo la luz de otra remota esfera,
de un sol desconocido a los fulgores,
disiparán de nuevo tus dolores
los besos de tu amante compañera.--"

La volveré a encontrar en otra vida,
y cruzaremos en las noches bellas
unidos de la mano, la avenida

poblada de jazmines y de rosas,
 viendo relampaguear a las estrellas
 a través de las ramas rumorosas.

IX

—¡Va a llegar!—insistente lo asegura
 el eco de un misterio a mis oídos;
 y—¡Va a llegar!—mi corazón murmura
 suspendiendo de gozo sus latidos.

Abro los ojos, pero nada veo;
 en las tinieblas ni un rumor percibo...
 ¡Siglos de expectación y de deseo
 en este instante de silencio vivo!

Descorre las cortinas de la sombra
 una mano de luz... Alguien me nombra...
 Claridades su túnica destella...

Aire de eternidad mi aliento aspira,
 y sonriendo tímida me mira
 con los ojos profundos de Ligeia.

X

En todos los crepúsculos te veo
 arder entre lo verde de las ramas,
 como una roja imagen del deseo
 envuelta en una túnica de llamas.

Te da el alba su rosea vestidura;
 y en los mares fragantes y sonoros
 el meridiano vela tu figura
 con la imperial fulgencia de sus oros.

Y en las noches serenas, sostenida
 entre coros de vírgenes y santas,
 en el cielo apareces como una

Purísima, de azul toda vestida,
 coronada de estrellas, y a tus plantas,
 refulgente de luz, la media luna.

XI

La vida para mí perdió su encanto.
 Fué un eterno Calvario mi jornada,
 y es que mis ojos han llorado tanto
 que ya no puede interesarles nada.

Retorno a mis obscuras soledades.
 Bajo el claro fulgor de las estrellas
 crucé con mi inquietud tantas ciudades
 que no conservo ni memoria de ellas.

A todo afecto humano indiferente
 camino a solas entre tanta gente,
 y en el arcano porvenir me pierdo...

¿A qué luchar cuando el amor no existe?
 ¿Ya que morir con ella no supiste,
 anda a enterrarte vivo en su recuerdo!

VI -- POR TIERRAS DE SOL

Y DE SANGRE

I

Buscando en la inquietud de los viajes
consuelo a este dolor que me domina,
crucé ciudades y admiré paisajes
en un vuelo fugaz de golondrina.

Y sus ojos oscuros y febriles
siempre a mi lado, contemplaron fieles
mis nostalgias en los ferrocarriles
y mis noches de insomnio en los hoteles.

Siempre en mis ojos con amor clavados,
me hablaban de otros mundos ignorados,
dando a las cosas su melancolía...

La tierra fué como una tumba abierta
y ¡cómo no! si el alma la veía
a través de los ojos de una muerta.

II

En férreas contracciones de serpiente
ondula el tren por la campiña verde;

cruza en nervioso trepidar un puente
y en la sombra de un gran túnel se pierde.

Surge a la gloria de la luz dorada
de la tarde, silbando, entre el ramaje,
y de nuevo se alegra la mirada
con la fresca belleza del paisaje.

En un bosque fragante de naranja
chispean los cristales de una granja,
cuyo blancor refléjase en la ría...

Se pierde nuestro sueño en la floresta...
—Ella, y una casita como ésta...
¡Bien poco era, Señor, lo que pedía!

III

Frescura matutina del paisaje...
Verdres temblorosos del rocío...
A veces bajo el túnel del ramaje
brilla al sol la serpiente azul del río.

Hay olor de vendimia en los parrales.
Un silencio de paz duerme en la aldea...
Sólo algún perro ladra en los umbrales
del viejo hogar madrugador que humea.

En la azul palidez de la mañana
cerrada para siempre la ventana
de las nocturnas citas... ¡Con su hojas

dosel la enredadera le tejía,
y su pálido rostro sonreía
entre un temblor de campanillas rojas!

IV

Mientras la fuente su canción moruna
desgrana, y el azul su luz destella
sobre el jardín, un rayo de la luna
la sombra dibujó de Aben-Humeya.

Entre el astral fulgor de la armadura
flotaban sobre su perfil estoico,
harapos de la regia vestidura
como jirones de su sueño heroico.

—¡Héroe!— le dije. Nuestro afán fué vano.
Vino la muerte, cuando ya tendida
a coger el laurel iba la mano.

Igual estrella nos brindó la suerte,
pues si un amor te arrebató la vida
también a mí otro amor me da la muerte.

V

El alba ciñe las primeras rosas
sobre el espejo de la mar bruñido,
y agranda las pupilas ojerosas
la expectación de lo desconocido.

El Sol disipa el matinal celaje,
y los brazos se tienden doloridos
ansiosos de acabar nuestro viaje
entre otros brazos, el amor tendidos.

¡Zarpemos otra vez! En la borrosa
tarde, se esfuma hasta el lejano monte...
La playa se va a hundir... Ahora ¡quién sabe

en qué isla desierta y fabulosa,
sus ojos sondearán el horizonte
esperando el arribo de mi nave!

VI

Almería.

En el espejo de tu mar tranquila
la mole secular de la Alcazaba,
como en el fondo azul de una pupila
su morisca silueta recortaba.

En el áureo fluir del Mediodía,
reclinada en mi seno su cabeza,
hinchaba el pecho y la pupila abría
para aspirar tu cálida belleza.

Y había besos y cánticos y risas
en su boca, en mi boca y en tus brisas...
Pasó el ensueño de la Juventud...

V I A J E S E N T I M E N T A L

Y, eulutado y sin fe, sureo tus olas
en negra barca, con mi pena a solas,
igual que un muerto sobre un ataúd.

VII

Granada.

Bajo el sopor canicular se enerva
la calle tortuosa de misterio,
donde amarilla y flácida la hierba
crece como en un viejo cementerio.

El sol ciego... Las puertas entornadas
esperan algo que vendrá seguro,
abogando en el silencio sus pisadas
y arrastrando su sombra sobre el muro.

La obscuridad de pobres interiores
enchillan de luz los resplandores
de familiares cobres, y en el fondo

la yaga y verde claridad del huerto...
Reina un silencio tan pesado y hondo
como si todo se encontrase muerto.

VIII

El Albaicín.

Con pereza oriental en la colina
dormita ébrio de sol el Albaicín.

Torcida higuera su ramaje inclina
entre rojos tapiales de un jardín.

Una acritud de fruta ya madura
y podrida, trasciende del vergel,
mientras el fuego de la calentura
va esculpiendo las venas en la piel.

El arco de una arábica cisterna
nos brinda el eco de su agua interna
que nunca doró el sol, y la frescura

de su sombra antiquísima... Y advierte
la carne en su pesada calentura
la fiebre de la Vida y de la Muerte.

IX

Generalife.

En las aristas de las altas cumbres
la última brasa de la tarde humea.
Un silencio de paz duerme en la aldea
que eleva entre los huertos sus techumbres.

Y al corazón aquieta una saudade
de beatitud, mientras la sombra oscura
con su mudo oleaje de pavora
la soledad de mi aposento invade.

Entre un fresco perfume de jazmines,
—aurtidor de cristal— se eleva una
voz, que es como la voz de los jardines,

donde la luna su fulgor destella...
Y el ruscñor y el rayo de la luna
me hicieron sollozar pensando en Ella!

X

Córdoba.

En el sopor canicular dormita
el alma con sus épicas quimeras,
bajo los arcos de la gran Mezquita
como en un viejo bosque de palmeras.

De pronto el basto antiguo resucita
con pompas de orientales primaveras.
Resplandecen los muros, y palpita
el aire en un desfile de banderas.

Fulge bajo las níveas vestiduras
el oro de las finas armaduras...
Abro los ojos, pálido, y contemplo

la faz de un viejo Cristo ensangrentado
—símbolo de mi vida— abandonado
en la medrosa obscuridad del templo.

XI

Abajo la ciudad dormida queda...
 Sobre el silencio de las calles solas
 flota, cual plateada polvareda,
 la neblinosa luz de sus farolas.

Sólo de vez en cuando la armonía
 de la nocturna beatitud profana,
 el alerta lejano del vigía
 o el sonoro temblor de la campana.

—¿Adónde vamos, alma? Allá en la cumbre
 desmesurada cual tu propio anhelo
 encontrarás la misma incertidumbre...

Es la hora santa de soñar... Detente...
 Las estrellas te miran desde el Cielo
 con las mismas miradas de la Ausente...

XII

Muley-Hacem.

Hice de tanto orgullo una armadura
 y calada hasta el fondo la visera
 crucé la tierra infatigable y dura
 para que nadie sollozar me viera.

V I A J E S E N T I M E N T A L

Entre la plebe de mi gloria esclava
pasó triunfal mi juventud altiva,
mientras sangrando el corazón, llevaba
todo el cuerpo y el alma en carne viva.

En el altar de su recuerdo inmoló
las armas que me hicieron invencible;
y siento la orgullosa pesadumbre

y el soberbio dolor de quedar solo
con un sueño de amores imposible
sobre el silencio helado de la cumbre.

XIII

Toledo.

Vieja ciudad de hierro, por tu cielo
de refulgentes brillos de metal,
aun proyecta la sombra de su vuelo
el águila bicéfala, imperial.

En tus fraguas se forjan los aceros
que esperan, rojos de inmortal ardor,
las manos de los bárbaros guerreros
que ungirán al futuro Emperador.

Algún oído escuchará la fuerte
palabra, vencedora de la Muerte,
que late en tu silencio sepulcral.

Un sol de gloria fulgirá en el cielo,
y el águila imperial detendrá el vuelo
sobre la aguja de tu Catedral.

XIV

Burgos.

Turbando el eco de tu vieja plaza
con el estruendo del clarín sonoro,
tú me viste partir, bordado en oro
el timbre de tu escudo en mi coraza.

Oiste en el alba de un pasado muerto
de tanta gloria, retemblar la tierra,
al galopar de mi corcel de guerra
todo de sangre hasta los pies cubierto.

Y exclamaron llorosas tus villanas
reteniendo el rendaje:—No prosigas...
¿No oyes doblar por ella las campanas?

Y a la lucha volví, callado y fuerte,
a buscar en las lanzas enemigas
el olvido glorioso de la Muerte.

XV

Salamanca.

Cuando la sombra de tus venas fluye
en la fragancia musical del viento

V I A J E S E N T I M E N T A L

crepuscular, huir la vida siento
por los ojos, sin ver adonde huye.

Y me encuentro perdido en las marañas
obscuras de tus lóbregas callejas,
entre los hilos de leyendas viejas,
como en red de invisibles telarañas.

Y apoyada la diestra sobre el hierro
de la espada, mi altiva frente agacho
y me descubre al ver pasar mi entierro...

Y tras su sombra de un rumor de seda
camino, retorciéndome el mostacho,
como el Don Félix que cantó Espronceda.

VII — SAUDADES DE PORTUGAL

I

Coimbra.

La Quinta de las Lágrimas... La Fuente
de los Amores, donde Inés de Castro
tras los desnudos pies dejando el rastro
tibio y purpúreo de su sangre ardiente;

el cabello de oro suelto al viento,
por sus fieros verdugos perseguida,
conteniendo la herida y sin abiento,
cerró los ojos y cayó sin vida,

me vió llorar por tí. La luz moría
entre un temblor sonoro de campanas.
Coimbra sus luminarias encendía,

y sonaban confusos y distantes
melancólicos fados de triannas
y alegres guitarradas de estudiantes.

II

Contigo yo soñé vagar, por estas
calles que me recuerdan mi Granada.

V I A J E S E N T I M E N T A L

con sus casas antiguas y sus cuestras
y un aire de ciudad desenterrada.

Acaso tras alguna catedral
de esta noble mansión vieja y desierta,
un poeta estudiante lloró un día
viendo entre cirios a su novia muerta.

Y tú fuiste la amada hermosa y pura;
yo el poeta que vió tus palideces
entre blaudones, por la reja abierta,

pues esta inmensa pena me asegura
que yo he sido poeta muchas veces
porque más de una vez te lloré muerta.

III

¡Oh, sereno Mondrego, en tus cristales
a la luz de la luna se retrata
la ciudad con sus luces nocturnales
sobre un fondo de álamos de plata!

¿Legendaria corriente de poesía,
dí si en tu curso misterioso viste
alguna faz más pálida y más triste
y una pena más honda que la mía?

Yo busco tu ríbera silenciosa
para soñar con su visión radiosa
en estas claras noches estivales,

FRANCISCO VILLAESPEA

mientras la luna, pálida hilandera,
en su rueca de plata hila ligera
sus ensueños de luz en tus chopales.

IV

Glosa de Canoes.

Catalina de Atayde, por la pena
de tu amante inmortal, por su agonía
¡oye mi voz que trémula resuena
y atiende el ruego de la pena mía!

Si en el etéreo azul tu hermana viste,
os hizo hermanas un amor tan fuerte,
dile que vivo tan obscuro y triste
que mi vida no es vida, sino muerte.

Si es verdad que hay un Cielo y hay un Dios,
ir de rodillas a rogar las dos,
¡por la amargura que sentí al perderla,

por todas las tristezas que sufrí,
que tan pronto de aquí me lleve a verla,
cuán pronto a ella se llevó de mí!

V

Los ojos del crepúsculo de estío
bajo las duras cejas de la puente,
reflejaban las brasas del Poniente
sobre el espejo de cristal del río.

V I A J E S E N T I M E N T A L

Rumor de las campanas vesperales
hizo temblar de conmoción el agua,
y avanzó lentamente la piragua
entre sangrientos bancos de corales.

Apagaba sus fuegos el paisaje...
Yo, tembloroso, musitó:— ¡Me amas?—
Y hasta la astral blancura de tu traje

ruborizóse repentinamente,
como si te envolvieran en sus flamas
las celosas pupilas del Poniente.

VI

Lisboa.

Era un sueño de plata la bahía
al rielar espumoso de la luna,
y en su fondo Lisboa se veía
como encantada bajo una laguna.

Desgarraba el silencio la sirena
de un vapor. En el aire se aspiraba
como el perfume de una vieja pena
en la voz de algún fado. Yo soñaba

apoyado en la borda, contemplando
el hervor de las olas, con la pálida
dulce silueta de la Ausente, cuando

FRANCISCO VILLAESPESA

vi las estrellas palpar tranquilas
sobre las aguas, y sentí la cálida
sensación del mirar de sus pupilas.

VII

Hasta la soledad de mi aposento
bajo el misterio de un luar de plata,
entre aromas de rosas, finge el viento
el rumor de una triste serenata.

¡Guitarra portuguesa, más doliente
que las guitarras de mi Andalucía,
entre tus cuerdas sollozar se siente
como un recuerdo de la pena mía!

Fados que hablan del mar, de marineros
que en vano esperan sus enamoradas
a la luz de los pálidos luceros,

no sé qué inmenso amor os aquerella,
que no puedo escuchar vuestras tonadas
sin recordarla y sin llorar por ella!

VIII

De la tarde a los últimos fulgores
cansado y triste a la ciudad volvía
de dejar el recuerdo de unas flores
sobre la tumba de Manuel Cardia.

V I A J E S E N T I M E N T A L

La historia del suicidá enamorado,
que tuvo el noble y generoso empeño,
de antes de ver su ensueño disipado
morir en holocausto de su ensueño,

llenaba el corazón de una secreta
y honda pena... La última violeta
de la tarde empezaba a deshojarse...

Maldije lo cobarde de mi suerte...
¡Odiar la vida y desear la muerte
y no tener valor para matarse!

IX

La nave va a zarpar. Sobre la borda
contemplando el adiós de los pañuelos,
siento una pena intransigente y sorda
que no admite esperanzas ni consuelos.

La lejana ciudad se difumina
en el oro sangrante del Poniente,
y entre el cielo y el mar, sigo inconsciente
el vuelo audaz de algún ave marina.

La luz cierne fugaces claridades,
y la nave es un ave sorprendida
entre el azul de dos eternidades.

El mar me invita abriéndose a mis pies...
¡No me detiene el ansia de la vida
sino el temor a lo que habrá después!

VIII — TERMINUS

I

La luz crepuscular propicia era
para desenterrar viejos amores,
oyendo gorjear los ruiseñores
en la frescura de la Primavera.

De ella impregnada la floresta verde
perfumaba de paz mi pensamiento
con ese olor de rosas que se pierde
en la azulina suavidad del viento.

En la fragancia azul de su mirada
toda su pobre alma perfumada,
me dieron las violetas ojerosas...

Así su vida entera me entregaron
las oscuras pupilas vidriosas
que al beso de la Muerte se cerraron!

II

Es la existencia para mí un recuerdo,
laberinto de pena y de poesía,
donde como un sonámbulo me pierdo
ciego de luz y sordo de armonía.

V I A J E S E N T I M E N T A L

Solo, mi propia soledad me espanta;
cantando voy y mi canción la nombra...
Soy como un niño que de noche canta
para espantar los miedos de la sombra.

Como un hidalgo místico del Greco,
ante el ensueño y la quimera heroico
y en la mezquina realidad cobarde.

Y pasaré en la vida como un eco
de flauta, por el campo melancólico
bajo la paz dorada de la tarde.

III

En la paz de este bosque taciturno
un obscuro pavor la noche exhala,
y nos roza el presagio, como el ala
agorera de un pájaro nocturno.

Danzan, cual fuegos fátuos, los destellos
del agua entre el ramaje ensombrecido,
y de los lobos el lejano aullido
eriza de pavor nuestros cabellos.

La luz de algún hogar rutila clara,
como remota estrella protectora...
¡Si aún Ella, junto al fuego me esperara

perfil de castellana de leyenda--
rogando a Dios por los que en esta hora
caminan solos por las negras sendas!

IV

Va cayendo la lluvia cenicienta,
y la ciudad nos dá la sensación
—bajo la mancha gris de la tormenta—
de un capricho de Goya hecho al carbón.

Tiembla de frío el alma del paisaje;
de una campana se deshace el són,
y un pájaro se esponja su plumaje
en los hierros mojados del balcón.

Vaga en la estancia el humo de mi aliento;
llova la lluvia lenta en los cristales
y se deshoja el último rosal.

mientras mi dedo va trazando lento
de su nombre borrosas iniciales
en las turbias tristezas del cristal.

V

Empañando el cristal de las ventanas
siento la lluvia lenta descender
sobre las viejas calles provincianas
humedeciendo el gris atardecer.

El aire pegajoso tiene un frío
y agrio sabor a hierro y a humedad...
¡Todo el plumizo peso de su bastío
desploma el Cielo sobre la ciudad!

V I A J E S E N T I M E N T A L

Parece que las casas deslucidas
se juntan y se oprimen ateridas...
La lluvia sobre el triste camposanto,

filtrándose en los nichos entrecabiertos,
¡qué turbia y vaga sensación de llanto
dará a las cuencas de los ojos muertos!

VI

Como una esponja el alma del paisaje
absorbe todo el gris crepuscular,
y roneo el viento ensaya entre el ramaje
las contracciones del lejano mar.

Las ráfagas de lluvia en los cristales
se estrellan, golpeando con furor,
y un relámpago pinta en los umbrales
desenterrada imagen de mi amor.

Sobre el inmaterial blancor del cuello
flota la tempestad de su cabello
fosforescente en el turbión obscuro.

Dura lo que un ligero parpadeo...
Abro los ojos, y tan sólo veo
el temblor de mi sombra sobre el muro.

VII

Llora la lluvia lenta en los cristales,
y el paisaje se ve confuso y vago
a través de los grises otoñales,
como en el fondo trémulo de un lago.

Yo sueño con la tierra que me espera
para dormir, con la última fragancia
de una desenterrada Primavera
que da aromas de rosas a mi estancia.

Recogimientos del dolor, dispersos
arrullos de palomas, viejos versos
con dulzuras de miel ¿dónde habéis ido?

¡Alma, regresa a tu silencio, y piensa!...
¡La pena de perderla es más intensa
que el orgullo de haberla poseído!

VIII

Encanto fugitivo de la hora...
Llamaradas de sol entre los pinos...
Llanto de sangre que la tarde llora
sobre el polvo y la paz de los caminos.

Empañando la atmósfera serena
el húmedo perlame del paisaje,

V I A J E S E N T I M E N T A L

y el golpear del hacha que resuena
cuál quejido de muerte entre el ramaje.

--; Si tienes un amor, por él, buen hombre,
atiende el suplicar de este poeta
muerto a la vida en plena juventud!

Y de ese tronco en que grabé su nombre,
ya que tu hacha ni el amor respeta,
sierra las tablas para mi ataúd!

IV — ORACIONES

I

Sobre la tierra una visión tan pura
no contempló jamás pupila humana...
Es la única esperanza del mañana
y eterna como el tiempo es su hermosura.

Sueño que en nuestros párpados perdura,
recuerdo acaso de otra edad lejana...
Ella es al par esposa, madre, hermana...
¡todo lo que es cariño y es ternura!

Cruza por los tumultos de la vida,
el índice en los labios sonrientes,
imponiendo silencio a las pasiones...

Al verla aparecer todo se olvida,
y florece en los labios inconscientes
la flor de las primeras oraciones!

II

Aún vive en su prisión el alma mía
del recuerdo inmortal de tus amores.
Eres tú para mí lo que esas flores
que aun muertas nos perfuman todavía.

V I A J E S E N T I M E N T A L

Herido de mortal melancolía
vivo, sin esperar tiempos mejores,
a solas ocultando mis dolores
y esperando que acabe esta agonía.

Aún vives en mi triste pensamiento
calmando con tu voz mis hondas penas
y dando alguna tregua a mi tormento.

Y vos a mi existencia tan unida
que te siento correr entre mis venas
como la sangre de mi propia vida!

III

La Luna en el jardín está encantada...
El hilo de la fuente es un diamante
que se para en los aires un instante
para aromar de luz a la enramada.

Voz de revelación... En la callada
soledad de la noche alucinante
levo blancor de túnica flotante
estremece la senda enarenada.

¡Es ella, es ella!... Avanza silenciosa
con su traje de sueño, atravesado
el pecho, como una Dolorosa...

Se desliza a mi lado como una
sombra de luz, y muere en el callado
misterio tembloroso de la Luna.

IV

La paz del triste corazón se aleja
y en la inconsciencia del vivir me pierdo...
El egoísmo humano no me deja
ni aun a solas vivir con tu recuerdo!

¡Renunciar a las glorias de este mundo!
Una casa en el campo, y el olvido
de todo, menos de este amor profundo
que aun cuando muerto está no le he perdido!

¡No te he perdido, no! por que te veo
cuando se queda insonne mi deseo
con tu recuerdo y con la noche a solar,

surgir sobre mis hondas tempestades,
como Cristo en el mar de Tiberiades
serenando el tumulto de las olas.

V

Avanzas por las hondas tempestades
para llegar a mis riberas solas,
cual Cristo sobre el mar de Tiberiades
serenando el tumulto de las olas.

Luminosa a mi encuentro te adelantas
para curar mi corazón enfermo...

Bajo el breve milagro de tus plantas
florece en las arenas de mi yermo.

¿De dónde sargas, di? ¿Acaso vienes
de una santa ciudad desconocida?
Con un divino gesto me detienes

y al eco de tu voz todo se calma...
¡Tanta bondad no viene de la Vida
sino del fondo de tu propia alma!

VI

Fantasma que entristeces mis cantares,
yo no sé si me buscas o te sigo,
mas lo mismo en la tierra que en los mares
donde quiera que voy vienes conmigo.

Sólo me oyen hablar. Dicen las gentes:
— ¡Está loco! — y temblando de pavora
se alejan de mi lado, o sonrientes
se burlan sin piedad de mi locura.

¡En los ferrocarriles contemplando
los paisajes pasar, o en la celeste
soledad de los mares, conversando

voy siempre con tu sombra, y ya dormido,
siempre mi corazón aún te habla de este
amor que ni el sueño encuentra olvido!

VII

Yo tuve alguna vez, mas no sé cuándo
ni dónde, una casita, y una amada
que ante la Madre de Jesús rezando
esperaba en la noche mi llegada.

Recuerdo apenas... En la casa había
perfumes de violetas y canciones,
juventud, y cariño y alegría,
¡y entraba mucho sol por los balcones!...

Abrí los ojos, y me hallé despierto
sin amores ni hogar, solo y perdido
en la inmensa planicie del desierto.

Y al despertar, me dije suspirando:
—¿Fue todo realidad o todo ha sido
una ilusión que me torjé soñando?

VIII

Con un gesto de olímpica escultura
cruzas por las tinieblas de mi vida,
soberbia de silencio y de blancura,
recta de paz y de pudor vestida.

Mostrando con orgullo tu belleza
llegas a mi dolor, altiva y fuerte,

pues sabes que defiende tu pureza
la invisible guadaña de la Muerte.

De tu túnica astral la línea griega
no perturba la humana sacudida,
ni enciende tus mejillas el Deseo.

Y hay en tus ojos la tristeza ciega
de esos desnudos mármoles sin vida
que custodian la paz de un Mausoleo.

IX

De la lámpara el trémulo reflejo
proyectaba en el muro mi silueta,
y evocaba tu imagen en la quieta
superficie encantada del espejo.

Vino una sombra a acariciar mi frente...
Recuerdo de una mano que temblando
estreché, no sé dónde ni sé cuándo...
Tal vez el alma de tu mano ausente.

Me acarició un frescor de Primavera,
como si me envolviesen las sombrías
fragancias de tu negra cabellera...

Y cerré las pupilas para verte
en la barquilla de las Tres Marias
llegar hasta mi amor desde la Muerte.

X

En un silencio de inquietud te espero,
porque sé que vendrás, aunque no sé
cómo habrás de venir, ni en qué sendero
en este instante temblará tu pie.

Estás muy lejos, pero el alma mía
de tal modo te sabe adivinar,
que entre un coro de Santas te hallaría
a ojos cerrados y sin cavilar.

Nunca te he vuelto a ver, pero presiento
en el aire el perfume de tu aliento,
y en el cielo la luz de tu mirar,

pues sé que eres mi eterna Prometida,
y en la Muerte lo mismo que en la Vida
me esperas coronada de azahar.

XI

Llegas a mí fantástica y derecha
a través de las sombras, como una
visión inmaterial, vestida y hecha
con la plata más pura de la Luna.

Vierte una primavera en el ambiente
tu aliento misterioso si respiras...
Tus pies avanzan armoniosamente
como a compás de melodiosas liras.

V I A J E S E N T I M E N T A L

—¿Cuándo acabará el mar en que me ahogo?—
Curvado ante el Misterio te interrogo...
Se desprenden sin ruido tus cabellos

en un nubo de plata por tu faz...
Se abren tus labios, y se escapa de ellos
una palabra solamente: —¡Paz!

XII

Dentro del ataúd que avaro encierra
la única amada de mi corazón,
quiero que me trasladen a mi tierra
a enterrarme en su viejo panteón.

Donde reine la sombra más callada
un sepulcro de mármol; sobre él
una cruz, y a la cruz entrelazada
una fresca corona de laurel.

Y este epitafio, en oro cincelado:
—“Si aquí llegas viajero extraviado
la eterna gloria del Amor advierte,
La Muerte! a los amantes separó,
pero el Amor más fuerte que la Muerte,
de nuevo para siempre los unió.”—



Lea en el N.º 96 de
LOS PENSADORES
El Vellocinó de oro

novela original de
: Teófilo Gautier :



El Amor Fecundo

por el Dr. Juan Escalante Escandón
se ha publicado en el volúmen 13
de **Biblioteca Científica** que contiene
además un estudio sobre **LA ESTE-
RILIDAD VOLUNTARIA** por Pablo
Mantegazza.

LOS POETAS

Vol. 1. — **Poesías completas**, de Diego Fernández Espiro.

Vol. 2. — **Elegías**, de Eduardo Marquina.

Vol. 3. — **El canto errante**, de Rubén Darío.

Vol. 4. — **La vejez del Padre Eterno**, de Guerra Junqueiro

1, 2, 3 y 4 agotados.

Vol. 5. — **Antología de Versos para niños**, selección de Gustavo Riccio.

Vol. 6. — **Poesías completas**, de José Asunción Silva.

Vol. 7. — **Triunfos nuevos**, de Alberto Ghirardo.

Vol. 8. — **Serenidad**, de Amado Nervo.

Vol. 9. — **Nuevas Rimas**, de Josué Carducci.

Vol. 10. — **Las fuentes del camino**, de José de Maturana.

Volumen XI. **Poemas Póstumos**, de Juan Pedro Calou.

Volumen XII. **Viaje Sentimental**, por Francisco Villaespesa.

VICENTE BELLUSCI,

Concesionario para la venta en la Capital.

LIBROS NUEVOS

Para formar su inteligencia y su biblioteca, adquiere las siguientes obras:

Romain Rolland, VIDA DE MIGUEL ANGELO	\$ 1.—
Romain Rolland, VIDA DE MAHATMA GANDHI 1.—
Romain Rolland, VIDA DE TOLSTOI 1.—
Elias Castelnuovo, TINIEBLAS 1.—
D. Fernández Espiro, POESIAS COMPLETAS 1.—
Alvaro Yunque, VERSOS DE LA CAJILE 1.—
Max y Alex Fischer, CUENTOS DE FRANCIA 1.—

Estas obras elegantemente impresas en papel pluma, se venden en todas las librerías.

TODOS LOS ENVIOS SON FRANCO DE PORTE PEDIDOS A:

Editorial CLARIDAD
BOEDO 837 - C. de Correo 736 - Bs. Aires

MALDITOS
por ELIAS CASTELNUOVO
≡ aparecerá en breve ≡

Impreso en los talleres gráficos de M. Lorenzo Raño, Boedo 837, para la «Editorial Claridad»